

EL POETA DE LAS PASTORELAS

RAFAEL HELIODORO VALLE

Ensayista Hondureño

Una noche de la Pascua, toda enlucrada y balsámica, a orillas del Pedregal en Honduras: es así la poesía de José Trinidad Reyes, el santo Presbítero Veo danza a los pastores, los reyes y los niños del pueblo, al son de un rabel antiguo, mientras las luminarias despiertan a los gallos y las mujeres apresuran la cena bajo las enramadas.

Reyes tiene en la tierra de los pinos y de los montes azules, la importancia de Cadmo entre los griegos o de Quetzalcoatl en la América precolombina: es uno de los hombres que aparecen en la tierra, en los crepúsculos lentos de la civilización, para enseñar cantando. Una canción, una somisa y un corazón de rosa fresca: tal fue.

Es él el primer poeta-centro de la cronología y de la crítica —de que habla la antología de Centro América. Fundó la primera Universidad de Honduras, introdujo el primer piano, escribió el primer libro didáctico— unas lecciones de Física— y está vinculada su gloria a la de la primera imprenta. Es un "pionero" de América.

Sus pastorelas —o pastorales— que por el servicio social que prestaron y por el género de misticismo de su poesía emparentan con los ancestros españoles y con Sor Juana Inés de la Cruz, son las raíces muy hondas con que sigue prendido al alma dolorosa de su pueblo. Los pastores se reúnen, en el tablado de la farsa, a festejar el onomástico de Susana o de Rubenia; el vino niña; y de pronto la conversación se suspende porque alguien —un ángel viajero— ha llegado hasta la cabaña con la nueva de haber nacido el Mesías. Y he aquí cómo, por gracia del poeta, el cumpleaños de la pastora se convierte en un onomástico del mundo. La zarabanda rusticana se interrumpe al cumplirse la profecía y van todos, con la miel del panal y el vellón de la oveja, a ponerse de rodillas a los pies del Rey que ha llegado, dándole así realidad a un episodio que el vitral reproduce en colores y la pastorela en cánticos. Así, el poeta ya puede retirarse del mundo, porque ha cumplido con su magisterio de nombre de bien: la poesía no es entonces un vano ejercicio, sino un servicio humano, una dádiva al alcance de todos los que anhelan escuchar con claro acento los mensajes del más allá.

Pastoral o pastorela, poesía bucólica cantada, zarzuela bucólica o pastoril, farsa pascual: sea como la quieran llamar los hombres de letras, era el asomo auroral de la poesía en aquellos montes tristes que aún reproducen en suaves ecos el dolor y el amor de las baladas con que los pueblos se entretienen. El docto Presbítero aprendió en Nicaragua a escribir, a la sombra del león que vigilaba el despertar intelectual de la ciudad que lleva por blasón a la riera de San Marcos; familiarizado con los maestros de la cultura latina y habiendo ensayado a cantar en el bosque del Siglo de Oro, estuvo más tarde en el Con-

vento de la Recolección de Guatemala, volviendo después a su Arcadia edénica, a su Hircanis feliz en donde había también leones que se amansarían —como en el mito— al son de sus versos que aún trascienden a lo que el rocío cuando pasa entre las resedas.

Médico de almas, sanó tristezas que parecían incurables; enseñó bajo el influjo de la melodía, y hasta pudo hacer que los pastores de verdad, las gentes que le creían ciegamente, tuvieran mejores cosechas y seleccionaran la mejor uva de su vino. Neitalla o Rubenia, Zelfa o Noemí, hadas bienhechoras, tejen corona de clavel joven y riegan —como en la tumba de Verlaine— lo que Rubén Darío quiso: el rocío, el vino y la miel.

En el albor de la mañana y en la suave hora del ángelus, sube de pronto el canto, y a los humildes se les enciende una luz:

Con agua de la fuente
me lavé bien las manos;
marchéme al hueitecillo
en donde fui cortando
las flores más hermosas,
sin herirles los vástagos.

El poeta de las pastorelas ha de servir mientras el roble que él decoró en la corteza sirva para que el jinete campirano amare su corcel bronco; o hasta que la leche de la majada, borbotando palabras de Virgilio, acabe de hinchar las cubas. Los pastores llevan nombres de la Biblia, pero se les conoce que son mujeres del trópico por la manera de andar y de expresarse, por los problemas que resuelven, por los ojos de obscuridad que a ratos se antojan "los ojos de agua" en que las vacadas sitibundas se sacían. Hay relámpagos en la lontananza, luces misteriosas que vuelan, y es en ese espectáculo de nuestra montaña en donde el poeta purificó sus versos con sólo poner oído atento al aire que pasa moviendo los pinares. Y en los huertos que se cunden de flor al pisarlos el pie de nácar del alba, cada arbusto lanza el grito de la Primavera bajo la luna nueva de diciembre.

Héroe de la vida, maestro de la felicidad, José Trinidad Reyes alza su figura, grave y paterna, en la plaza pública de su ciudad natalicia, de su Tegucigalpa que rodean los mismos montes con neblina que embellecen el fondo de sus pastorelas. Yo me he quedado largamente, viéndolo, a la sombra de unas acacias centenarias, que cuanto más se desnudan en los vientos decembrinos estallan en la maravilla ardiente de sus corolas fúlgidas. Canta aún el poeta, y su canto sencillez dispersa música que los labios del pueblo han prolongado, y mientras la farsa concluye en el patio en que bajo toldos, se improvisan las fiestas de la Navidad, las pastoras le ciñen la testa con el clavel de Santa Lucía en que la tierra hace reventar, sumisamente, el íntegro homenaje.